

de gravísimos defectos: las faltas de color, de relieve, de voz; el fonógrafo y la radio, están desvirtuados por ruidos extraños y mo estos. Sólo esos aparatos musicales que tú odias están casi libres de estos defectos.

—Sí: Pero es que los rollos suelen estar mal hechos; quieren poner en ellos un alarde de notas innecesarias y oyes una música conocida... y no la conoces.

—¡Oh, oh...!

—¿Y ese ruido infernal de los orquestales? mandolina, xilofón, violinas, bombo, platillos, redoblante y... ¡la biblia! Aún el piano tiene pase.

—¡Oh, oh! querido amigo: Comprendo tu tortura. Esa tortura la sufrirás igualmente cuando oigas una orquesta completa. Estamos demasiado acostumbrados a la parte cantable de la música y no transigimos con los acompañamientos que arbitrariamente nos colocan los que instrumentan las obras. Estamos demasiado acostumbrados a oír la música de nuestras domésticas cuando barren el gabinete y cantan el cuplé de moda sin complicaciones. Cuando compramos una música para que la toque al piano *nuestra niña*, le encargamos al maestro que la despoje de enojosos acompañamientos y no que los suprima, por que haría feo que *nuestra niña* no supiera tocar con la mano izquierda. Cuando nuestra criada canta en el gabinete o *nuestra niña* toca el piano, percibimos bien claro el cantable *tirorí, tirorí*; y cuando el violín del ciego o el acordeón callejero divulgan la canción de moda, acaban de fijar en nuestra memoria ese *tirorí, tirorí*, que nos sirve para que, mientras nos afeitamos, podamos distraernos haciendo surgir con denuedo de nuestras humildes gargantas: *Tirorí, tirorí...*

Ante la cristalera del café se ha parado un abigarrado grupo: chicos de la calle, mujeres despreocupadas y algún ordenanza unir formado, hacen corro ante dos principalísimas figuras: una mujelácida y astrosa y un ciego que luce una indumentaria compuesta de respetables prendas que en sus tiempos hubieran sido incongruentes.

El ciego, apoya el violín sobre su cuello y con una asombrosa naturalidad empieza el irremediable *solo*.

Dentro del café, sobre el mármol de la mesa, los dedos del *hombre moreno* repiten dulcemente:

*Tirorí, tirorí.*

GARCILASO DE LA VEGUILLA.

